

Gilberto Aceves Navarro: continuidad evolutiva



CARLOS-BLAS GALINDO



Unicornio atrapado con flores, de la serie Las 7 000 formas de atrapar a un unicornio, 1995, acrílico/tela, 180 x 180 cm

En la postura que Gilberto Aceves Navarro ha mantenido ante su quehacer artístico resultan dignas de mención varias virtudes. Él entiende que la labor fundamental del artista ha de ser la de lograr, para el arte mismo, enriquecimientos significativos y constantes. Que todo aquel que decide ser artista ha de asumir la grave función de intervenir directamente en el desarrollo cultural, pues no podría pensarse en un artista verdadero que se dijera víctima o espectador de tal desarrollo. Que ha de ser un protagonista primordial de acciones que redunden en la expansión de los linderos de aquello que es tenido por artístico. Y él sabe que, para lograr su cometido, al artista no le cabe sino ser osado. Arriesgarse constantemente. Ser genuino. Sobrepasar sus logros. No reiterar soluciones pero tampoco acatar limitantes exógenas. Ni del mercado, ni de la crítica, ni de la gente de museos, ni de la moda. Ni siquiera las que tienen su origen en acuerdos —ya tácitos, ya explícitos— que realicen los propios artistas. Y esto, incluso cuando con la obra de algunos de ellos mantenga coincidencias de estilo.

Sabe que éstas son sus obligaciones profesionales y sus responsabilidades históricas. Y sabe asimismo que, para cumplir con tales retos, no le basta con la anuencia de los expertos, ni con la de los comerciantes, ni con la de sus iguales, sino que tiene el deber de colaborar en la ampliación de los parámetros sensibles, racionales e informativos de aquellas personas en quienes, con su trabajo, sea capaz de lograr una respuesta. A conseguir todo esto se ha dedicado, durante su trayectoria, Aceves Navarro. Es por ello que considero virtuosa su postura. Pese a que, en los tiempos que corren y a juzgar por el devenir general del arte, tal parecería que antes que virtudes son consideradas indeseables actitudes como la suya.

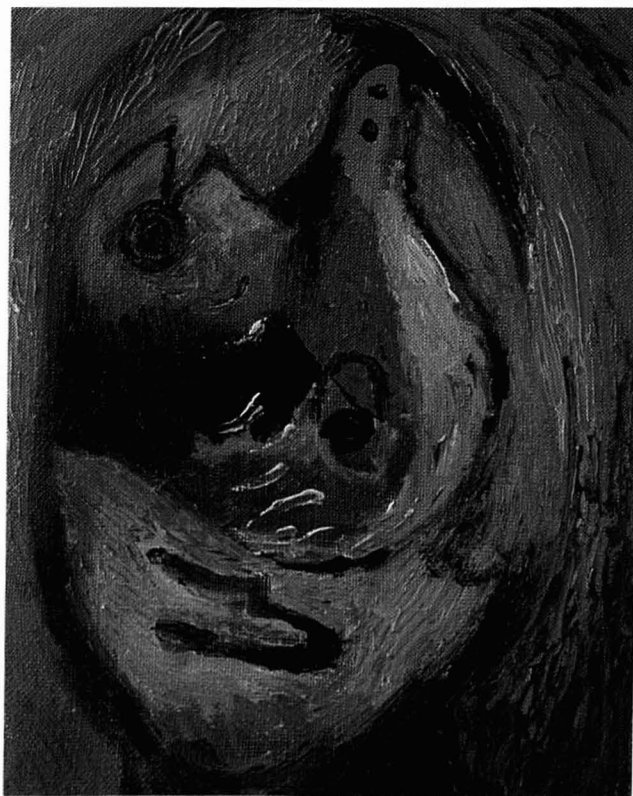
En el caso de Gilberto Aceves Navarro su osadía no lo ha alejado de las vertientes estilísticas de su tiempo. Es más, lo ha llevado a ser pionero de algunas de éstas en nuestro medio cultural. De su antigua filiación neovanguardista y, específicamente, neofigurativa, son testimonios elocuentes



*La decapitación
de san Juan
Bautista 17,
1978,
óleo/tela,
80 x 100 cm*



Venus gorda VIII,
1977,
óleo/tela,
125 x 120 cm



Máscara I,
1989,
óleo/algodón,
25 x 20 cm

varios de los recursos que hasta la fecha emplea y que, provenientes de los informalismos, fueron recuperados por los nuevos figurativos. Entre tales recursos se halla, por ejemplo, la exploración al máximo de la bidimensionalidad de los planos dibujístico, gráfico y pictórico (aun cuando él practica, asimismo, géneros volumétricos). Búsqueda en la que por supuesto (o por neovanguardista) elude toda ilusoria cita de la tridimensión pero que lo lleva a plantear superposiciones y yuxtaposiciones de figuras y de formas que parecieran moverse en un amplio número de planos superpuestos, contiguos, a veces escasamente separados unos de los otros. Y hasta imbricados.

Sólo que esta convergencia con la nueva figuración fue eso: una coincidencia de metas estilísticas, acorde con el espíritu de su época. Pero jamás una filiación servil ante la nueva figuración europea o estadounidense o de cualquier otra parte. Creador que se asume como artista mexicano de su tiempo, se dio, en la época de las neovanguardias —como lo ha hecho siempre—, a la tarea de dar respuesta a las necesidades artísticas de su época. Y el hecho de no haber desatendido ni, menos aún, ignorado los antecedentes del arte mexicano le permitió llegar con prontitud —ya desde finales de la década de los años setentas— a la posvanguardia, por la vía de la tendencia expresionista y por la de la multidireccionalidad estilística. Es ésta la fase, la posvanguardista, de la que fue pionero; iniciador local. Y de la que es responsable cultivador hoy día.

Se sabe que la tradición, en abstracto, no existe. Que es una artimaña que, usada con dolo, permite hacer demostraciones abusivas. Con todo museo estadounidense, por ejemplo —incluso con los pequeños, dependientes de universidades—, se pretende demostrar que los Estados Unidos son los herederos únicos de la gran



*El amanecer de
las alumbradas,
de la serie
Bañistas y
alumbradas,
1986,
óleo/tela,
160 x 180 cm*

tradición cultural occidental. Para ello es común que en dichos museos se exhiban: de pocos a muchos fragmentos de obras de la antigüedad grecolatina, alguna pieza renacentista —si el dinero alcanza para tal cosa—; un Renoir, invariablemente —incluso si sobre su autoría pudiesen abrigarse serias dudas—, para culminar con ejemplos del arte estadounidense de la segunda mitad del presente siglo. La tradición, entonces, entendida así, es una falacia.

Sin embargo puede haber un uso no doloso del concepto de tradición, mismo que se emplea para referirse a la tradición cultural de un país o de una región. Ésta es, para los arqueólogos y para el caso mexicano, “el conjunto de rasgos compartidos por distintas sociedades, que



*Máscara 4-G,
1989,
óleo/algodón;
50 x 40 cm*

Comedores
de papas,
según Van
Gogh,
de la serie
Comedores
de papas,
1991,
óleo/tela
y tablero,
100 x 120 c



tuvieron su origen en nuestro territorio y que identifican a los pobladores del mismo”, como lo afirma Fernán González de la Vara en su colaboración para el número 27 de la revista *Tinta seca*.¹ “No es importante —agrega González de la Vara— que estos rasgos varíen con el tiempo siempre y cuando se pueda trazar una continuidad evolutiva entre dos expresiones diferentes ... reconocemos los rasgos que nos identifican como mexicanos sin importar que éstos provengan del más remoto pasado o de un acontecimiento reciente.” En cuanto a Aceves Navarro y las artes visuales mexicanas, permite un trazo coherente la continuidad evolutiva que hay entre los antecedentes mesoamericanos; el arte nacional decimonónico en el que resultan claras las preocupaciones por aludir a la identidad local; los nacionalismos entendidos como vanguardia endógena, al igual que las demás preocupaciones vanguardistas de nuestros autores de la primera mitad del siglo (cubismo, futurismo, surrealismo, básicamente); el empleo recurrente del expresionismo no como movimiento sino como tendencia; los contenidos de índole política o al menos social de las neovanguardias figurativas de los primeros tiempos de la segunda mitad de la centuria, y, por último, la obra de este artista.

Esa continuidad evolutiva orilla a advertir que informalismos y neoconcretismos, pese a que ya han sido incorporados a plenitud a la tradición cultural mexicana, carecen de una raigambre tal como la que sí tiene la obra de Gilberto Aceves Navarro. ¿Heredero único de la gran tradición cultural mexicana? Digno continuador, sí. Pero ojalá hubiese más. Y no porque con él no baste, sino para garantizar que esa continuidad evolutiva prosiga en estos tiempos de neoliberalismo y globalización en los que, cual cómplices, tantos de nuestros artistas se afilian a vertientes periféricas del

¹ González de la Vara, Fernán, “México, el tiempo y el siglo xxi”, en *Tinta seca*, núm. 27, Nueva época, Morelos, México, septiembre-octubre de 1997, p. 7-10.

main stream “internacional”, de manera sumisa: sin osadía, sin arriesgarse, sin ser genuinos.

Si a la par de su trayectoria como artista —o como complemento de ésta— Aceves Navarro ha dedicado mucho de su tiempo a la docencia, ¿cómo es que entre sus múltiples discípulos, alumnos, seguidores y hasta nada infrecuentes plagarios no abundan —porque si los hay— quienes, como él, continúen esa tradición cultural? Entre las explicaciones posibles caben las siguientes: el que pocos estén dispuestos a normar su proceder a partir de la convicción de que la tarea fundamental del artista es la de conseguir resultados que enriquezcan de modo significativo y constante el campo de lo artístico. El que no todos puedan lograrlo, aunque se lo propongan. El que sean escasos quienes acceden a abrazar como proyecto de vida el intervenir directamente en el desarrollo cultural de su ámbito, en lugar de decirse víctimas o espectadores de tal desarrollo. El que no abundan quienes acepten ser protagonistas de aquellas acciones que conduzcan a la expansión de los linderos de lo artístico.

Y no es que este artista haya fracasado como docente, sino que la promesa —generalmente incumplida— que desde el medio cultural se les hace a tantos jóvenes respecto a que tendrán bien pronto fama, éxito y dinero (con sus nada delezna- bles efectos colaterales), a ellos les resulta (y con razón) sumamente atractiva. Gilberto Aceves Navarro comenzó su carrera magisterial a nivel superior cuando casi todos los estudiantes sabían (o intuían) que para conseguir un primer resultado profesional de importancia era preciso trabajar arduamente durante muchos años. Entonces el único concurso de renombre (amén de algunos



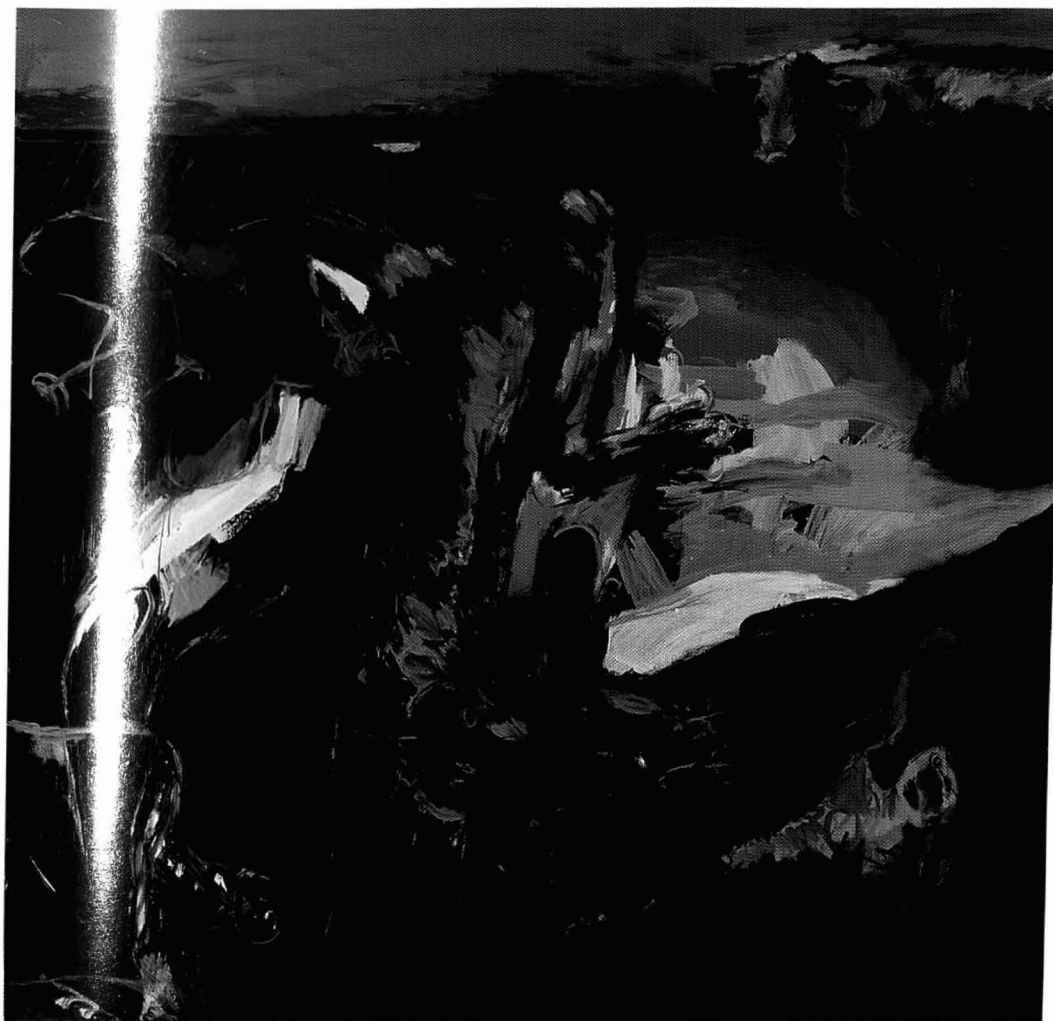
Monte Albán
18,
1996,
óleo/tela,
70 × 85 cm

◀ *Descendimiento v*
en gris,
 1993,
 óleo/tela,
 85 x 100 cm

intentos infructuosos de establecer otros más) era el que desde 1966 fue denominado Concurso Nacional para Estudiantes de Artes Plásticas, con sede en la ciudad de Aguascalientes. Pero muy pronto —en la segunda mitad de la década de los años setentas—, como parte de la política cultural decidida por el sector gobernante, fueron revitalizados los certámenes por géneros del Salón Nacional de Artes Plásticas. Algunos estudiantes comenzaron entonces a trabajar, ya no para consolidar sus lenguajes, sino para agradar a los jurados.

En aquellos años el ser joven era tenido, a ojos de los convocantes de los concursos, por algo valioso en sí mismo. Con esa política se consiguió dotar al medio cultural mexicano de nuevos contrincantes que rivalizaran con quienes, en 1966 precisamente, habían comenzado a gozar de

las prebendas del arte oficial: los neovanguardistas históricos. Con aquella política se mitigó la imposición de una hegemonía estilística interna. Los servidores públicos de aquellos tiempos lograron conjurar el peligro de que quienes entonces eran jóvenes tuvieran, tarde o temprano, que ingresar con violencia a las esferas del arte oficial. Sólo que, amén de estas bondades, la proliferación de concursos redundó en una desmesurada ansiedad de los estudiantes de arte (y de todo joven con aspiraciones artísticas) por triunfar en los certámenes. Posteriormente el Salón fue aniquilado² y fue trocado por el sistema de becas. Demasiados



Unicornio atrapado por halcones, de la serie Las 7 000 formas de atrapar a un unicornio, 1995, acrílico/tela, 180 x 180 cm

siados estudiantes y demasiados jóvenes con intenciones de devenir artistas, a partir de entonces, se han convertido en una especie de cazarrecompensas. Han reducido los alcances de su etapa formativa, han evitado trazarse metas a largo plazo, han cedido a la tentación de reiterar soluciones y han acatado limitantes exógenas: las de los convocantes y dictaminadores del sistema de becas.

Pero, no obstante estas circunstancias —que por supuesto critica—, Aceves Navarro sigue convencido de la importancia de su papel como maestro —que por un tiempo había dejado de ejercer con asiduidad— y muy pronto volverá a impartir clases de manera constante. Sin embargo, persiste una paradoja: si no aceptan la realidad de que ningún autor puede tener una formación acelera-

² Hoy día ha sido reinstalado, con el nombre de Salón Nacional de Artes Visuales.

da, sino que cualquier persona que intente convertirse en un artista verdadero ha de experimentar durante toda su vida, y sin la garantía de conseguir resultados, ¿por qué a tantas personas les resulta atractivo devenir alumnos de Gilberto Aceves Navarro? Por su singular vitalidad, sin duda. Por esa fuerza vital con la que acomete sus obras y su vida. No hay duda. Aunque quienes dicen admirar y respetar a su maestro debieran emularlo por lo menos en lo tocante a ese intenso amor por la vida que lo convierte en un humanista practicante. Ahora que (en el cine comercial transnacional, por ejemplo) proliferan los gustos por lo mórbido, ahora que desde la televisión (de aquí) se intenta habituarnos a la violencia como algo normal e inevitable, ahora que hay un desgano tal que en ocasiones pareceríamos estar rodeados de “muertos vivientes”,³ buena falta hace reiterar que somos responsables de nuestra sobrevivencia y del mejoramiento de las condiciones existentes. El arte es eficaz antídoto contra estos y contra muchos otros males.

El amor por la vida rezuma en las obras de este humanista. En su serie *Venus gorda* tal amor no puede ser más evidente. El cuerpo femenino desnudo, sus carnosidades y la ubicación del sexo como centro de las composiciones son prueba de ello. En *La decapitación de san Juan Bautista* no hay goce por la muerte, sino un reclamo frente a la privación de la vida que no es añorante ni lastimero, sino que deviene en un canto a la vida

misma. Lo gozoso y lo lúdico prevalecen en las obras que conforman la serie *Bañistas y alumbradas*, en las que las referencias a la sexualidad se hallan libres de alusiones a la procreación y en las que el acto de alumbrar equivale a descubrir, a evidenciar. *Las máscaras* son rostros que recomponen facciones y que, antes que ocultar, son señales de ritos cumplidos; del acceso de sus portadores a fases superiores de sus trayectorias vitales. El alimento —incluso en condiciones de precariedad— posibilita la subsistencia, como lo corroboran con ludismo los *Comedores de papas*. Los *Descendimientos* son escenas en las que la muerte sacrificial marca el comienzo de una vida nueva. Con *Las 7 000 formas de atrapar a un unicornio* Aceves Navarro se refiere a las maneras de conquistar la conciencia; de enriquecer la vida. Las obras de la serie *Monte Albán* implican la continuidad de una vida que ha persistido pese a los innumerables intentos en contrario. Continuidad evolutiva, también, al interior de la producción artística misma de Gilberto Aceves Navarro. Y ese amor por la vida... que tan necesario resulta. ♦



Alumbradas por una sola estrella, de la serie *Bañistas y alumbradas*, 1986, óleo/tela, 85 x 100 cm

³ No me refiero, claro está, a los integrantes del movimiento denominado gótico.